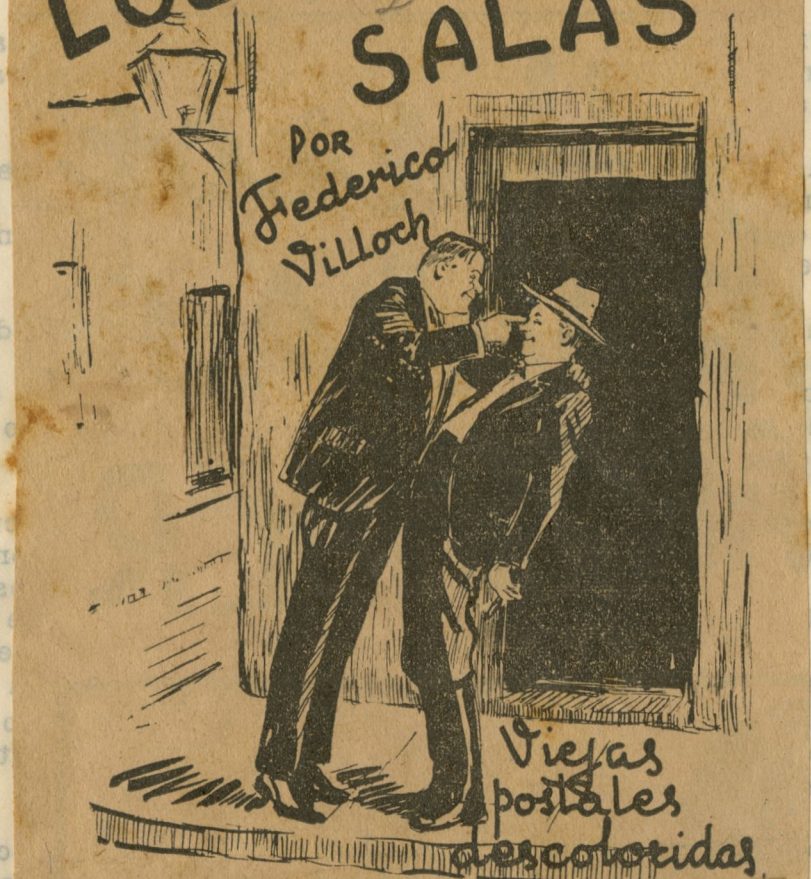
LOS BUFOS de SALAS

Por Federico Villoch



Viejas postales descoloridas

ALBISU era un teatro afortunado; y sobre todo, muy simpático. Los viejos habaneros no podrán olvidarlo fácilmente, porque sería olvidarse de ellos mismos. Terminada la guerra del 68 se le llamó Lersundi, en recuerdo del Capitán General que gobernaba la isla cuando se inauguró el teatro; pero triunfó sobre éste el nombre de su fundador y propietario Albisu, un vizcaíno que gozaba de generales simpatías. Muchas y muy buenas temporadas teatrales se llevaron a cabo en Albisu con el mejor éxito; pero la que con más agrado se recuerda—aparte la de Robillot, de la que en otra ocasión nos ocuparemos—es sin duda la que hacia el año 1880 rindió allí la compañía de Bufos cubanos que dirigían los artistas del género, Miguel Salas y Saturnino Valverde, que no llegaron a alcanzar la fama y el renombre de su colega Mellado; éste sí era una verdadera notabilidad en la clase, tanto como artista que como autor, padre de un gran número de sainetes populares y juguetes cómicos de mérito indiscutible, así por su confección artística, como por el caudal de exactas observaciones de nuestro peculiar ambiente criollo.

Los habaneros y los cubanos gozaron lo que no es decible con aquella temporada de los bufos de Salas. No había día de fiesta ni de trabajo. Por primera vez se vió en la Habana, excepto cuando estrenó Burón, en el teatro «Payret», «Los Sobrinos del Capitán Grant», un teatro lleno todas las noches de bote en bote, meses y meses. Las familias más distinguidas llenaban invariablemente los palcos y las lunetas; y en la tertulia y la cazuela se apiñaba el pueblo estridente de aplausos y entusiasmo. Figuraban en el elenco de la Compañía: Petra Moncau, Elvira Meireles, Susana, la hija de Mellado, Candiani, que murió poco después de empezar la temporada, Robreño, padre, etc., etc.

En el cuerpo de guaracheros que salía a cantar al terminarse la obra figuraban Tereso el Asturiano; Santiago Lima; Carmen Valler y otros que hicieron populares

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

las guarachas, en su mayor parte del maestro Guerrero, «La Mulata de Flor»; «Los Carniceros»; «El Mondonguito»; «No aguanto»; «¡Entra, Guabina!», etc., etc. El estreno de una guaracha se anunciaba y tenía tanta importancia como el de una obra: causaba grata emoción en el público ver salir en los entreactos los guaracheros a escena, ellos con sus camisas de grandes bullones—traje puramente fantástico, desde luego—y ellas con sus batas de larga cola. La voz del guarachero Tereso se oía sobresalir entre todas como un hilo de plata; y el bajo Santiago Lima se lucía en sus notas graves: era un encanto el contracanto de Petra y la Meireles. El público no se cansaba de oirlos; y los aplausos y los bravos pidiendo la repetición atronaban la sala del teatro. Era la genuina música criolla, sin mezcla de extranjerismo; y sin que ni por asomo se percibieran en ninguno de sus compases rasguños de Bethoven, de Bach, de Gluck, ni de otros genios de fuera...

Ignacio Sarachaga, un criollo de buen humor, dicharachero y siempre de broma, que nunca había escrito ni pensaba escribir nada para el teatro, estrenó de la noche a la mañana un precioso sainete titulado «Un baile por fuera»; y esto puso ya el lazo de oro a la simpática temporada que con tan ruidoso éxito se venía desarrollando en el teatro. Después del «Baile por fuera», Sarachaga no escribió nada que superara ni siquiera igualara a aquel sainete, hasta muchos años después, que escribió una bufonada parodia de «Mefistófeles», para los bufos de Suaston, que funcionaban en el antiguo teatro «Irijoa», hoy «Martí», durante los primeros meses del 95.

También se estrenaron entonces «Las mulatas callejeras», de Joaquín Leoz; «Doña Cleta, la adivina», de Olallo Díaz; «Visita de confianza»; «Perro Huevero»; «El Proceso del Oso»; este era un pasillo de actualidad en que se enjuiciaba y sentenciaba el «Oso»; el primer danzón que se tocó y bailó en Cuba; y que como es de suponer obtuvo un ruidoso éxito, sólo comparable al que años después había de alcanzar la «rumba»; la obra era de Ramón Morales. «La esquina de la Biajaca»; «Caneca»; «Apuros de un Figurín»; «Perico Mascavidrio» o «La Verbena de San Juan», y otras; de Joaquín Robreño; Mellado; Ramón Morales; Noreña; Lozano y demás autores del género: eran verdaderos sainetes clásicos; copias fieles de la realidad, como los de Ricardo de la Vega; Ramón de la Cruz; Luceño y demás que dieron fama al teatro español del pueblo, sin trucos ni musiquitas exóticas... Bastantes años después, indudablemente, el género vernáculo mejoró mucho en decorado; música; artistas y autores; pero, reconociéndoles a éstos últimos todo su mérito, fuerza es confesar que no pocas obras de las modernas carecían de la frescura y espontaneidad de las antiguas: había en éstas menos literatura y más vida. Salas se distinguía sobremanera en la creación del «Mascavidrio» (borracho callejero) y del negrito curro: hacía mucha gracia verlo «soplar la pajita» y decir luego: —¿No lo dije? ¡Pa la cantina! Petra Moncau era notable en las mulatas callejeras; y la Meireles en las de rumbo». Santiago Lima hacía torcerse al público de risa con sus serenos y gallegos aguadores. Mellado, haciendo los guajiros, era uno de ellos, traído de la Plaza del Vapor o de San Antonio y Govea; en el género, nadie superó ni entonces ni después, a Manuel Mellado.

Miguel Salas, que hacía tan bien los borrachos, no tomó en su vida una copa. Lo mismo que pasa con el actor de hoy Regino López. En cambio, el pobre Salas fué un adorador incorregible del tapete verde, sobre el que dejaba correr que era un gusto el río de oro que ganaba...

La temporada de los Bufos de Salas en Albisu fué algo histórico. El alma criolla se expansionaba y regocijaba hasta lo indecible oyendo sus guarachas y sus canciones, y riéndose hasta perder el aliento con los dicharachos y chistes de sus tipos populares: Perico Mascavidrio; Buchito en Guanabacoa... Empezó siendo un espectáculo pura y netamente cubano, hasta que vino atraído por el éxito creciente el elemento español, y también ansioso de reformas; entonces ya se hizo el espectáculo de la época, a la que prestaba su influjo la maravillosa simpatía que despertaban en todas partes las apasionadas campañas del gran Partido Autonomista. Cuando Montoro, Fernández de Castro, Giberga, don José María Gálvez y otros de la directiva del Partido aparecían en algún palco, el teatro se venía abajo entre una atronadora salva de aplausos. Pudiera decirse que los bufos hicieron tanto por el ideal cubano, como los más elocuentes oradores y hábiles políticos de aquella época de lucha. Un bohío en escena era la locura; un punto criollo, el delirio. Los viejos habaneros, al recordar, en esos instantes de duda y desasosiego que nos asaltan algunas veces, aquella temporada de Albisu de 1880, experi-

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

mentarán una nostalgia al propio tiempo dulce y agria; y les entristecerá un punto sutil de amarga desilusión. Nuestras más caras fantasías ¿tendrían acaso la misma endeble consistencia de aquellas piececitas de los Bufos de Salas?

El año 1888 se inauguró otra temporada de bufos cubanos en el teatro Torrecillas, estrenándose con gran éxito, entre otras, la obra «Los Hijos de la Habana», letra de Fernando Costa; música de Zapata y preciosas decoraciones de Miguel Arias, entre las que aplaudía el público con gran entusiasmo la que representaba una noche de luna a orillas del Almendares, aplaudiéndose igualmente la canción «A la Luna», del maestro Zapata.

Luna bella
protectora,
no me niegues
tu fulgor;
voy en busca
de un tesoro,
voy en busca
de mi amor

que se hizo tan popular como el «Manisero», de Moisés Simons.

Por cierto que con esta obra «Los Hijos de la Habana», pasó una de esas «cosas de teatro» que son dignas de contarse por lo originalísimas que resultan y por las enseñanzas que encierran a veces no pocas de ellas. Un autor del género, muy exigente y quisquilloso él con las empresas, y también muy halagado del público por sus contínuos aciertos, había escrito un libreto de los llamados de «de gran espectáculo»; y listas ya las tres o cuatro decoraciones que exigía, pintadas por el gran escenógrafo Miguel Arias, a causa de unas diferencias que tuvo con el empresario, que lo era el popular Paco Gil, retiró aquél la obra de los ensayos; quedándose la empresa, como se dice en el argot teatral, con los telones colgados. Pero Gil, que tenía para todo recursos a la mano, puso en la contaduría del teatro un letrero que decía: «Se ofrecen cuatro decoraciones de Miguel Arias al autor que quiera aprovecharlas para una obra», y dicho y hecho: el periodista y autor a ratos Fernando Costa vió las decoraciones; escribió arreglado a ellas unas escenas que tituló «Los Hijos de la Habana»; el maestro Zapata—gran clarinetista—compuso la música; se estrenó la obra; y resultó un éxito tan completo, que gracias a él se prorrogó la temporada algunas semanas más de lo que se tenía pensado. Es tonto, como dice el refrán, pelearse con el cocinero. Ante el éxito de la canción «A la Luna», de la obra de Costa, decían algunos que el autor de la obra retirada se había quedado a la luna... de la Habana.

Pero esta temporada de Torrecillas duró poco; y no se habló más de bufos cubanos hasta que en 1896 reaparecieron otra vez en el teatro «Irijoa», hoy «Martí», con el negrito Simancas y Blanquita Vázquez, que estrenaron «La Mulata María», música de Valenzuela y libro del postalista; y Carmita Ruiz, que estrenó con Raúl del Monte «El Mefistófeles» de Sarachaga. Raúl se hizo popular en esta obra con «El amolador de tijeras». El año 1897 nueva y última reaparición de bufos en Albisu, con el estreno de «El Brujo», libro de Barreiro y bellísima y muy criolla música de Marín Varona:

no esperes no, que te abra
las puertas de mi bohío...

pero ya el gusto del público iba cambiando; y como segundas partes nunca fueron buenas; y como que cada cosa tiene marcado y fijo su tiempo, el género se fué transformando hasta desaparecer por completo. De todas estas temporadas, la única que ha quedado viva y latente en el recuerdo de los antiguos habaneros, es la de Los Bufos de Salas en Albisu: se la recuerda con más fijeza y cariño que otra ninguna, porque venía siendo como un adelanto a cuenta de Cuba Libre.

Ciertos espíritus ampulosos y pedantes se han expresado despectivamente al referirse a aquel nuestro sencillo e ingenuo teatro vernáculo que dió el modelo y sembró la semilla del género que habría de ampliarse y mejorarse en lo futuro: son criterios mezquinos que creen a ojos cerrados—¡y tan cerrados!—que el mundo no es más que aquel que ellos vislumbran desde el estrecho campo de su cerebro. ¿Se avergonzarán estos «escogidos» de verse retratados a los cinco años de edad, con pantaloncitos cortos, y una plumita de gallo en el sombrero? Diríase que se sienten genios de generación expontánea; que ya nacieron genios. Dios les perdone el sacrilegio. Cuando se escriba la «Historia del teatro cubano», habrá que empezar, quieras que no, por Covarrubias; y por Los Bufos de Salas; a no ser que se escriba la Historia del teatro Eslavo.

---

(1) Rectificación: En nuestra «Vieja Postal Descolorida», titulada «Café con Leche», y publicada recientemente en este periódico, equivocamos dos apellidos: fué un tal Menéndez quien asesinó en un baile de las afueras al joven de nuestra mejor sociedad, señor Altuzarra, encontrándose éste desarmado; y no Altuzarra a Menéndez, como dijimos.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
ARCHIVO DEL HISTORIADOR DE LA HABANA